

Respirar es habitar el cuerpo

Después de la lluvia, los árboles lloran

MELIBEA GARAVITO CARRANZA
Letra a Letra, Bogotá, 2016, 45 págs.

EN EL libro *Después de la lluvia, los árboles lloran*, su autora, Melibea Garavito Carranza, elude informaciones acerca de sí misma; incluso, en la carátula solo aparece su nombre, sin apellidos, lo mismo que en la breve biografía del respaldo, en donde, además, está su foto de lado, también elusiva. Únicamente indagando se sabe que es hija y nieta de poetas. Este gesto de silencio la enaltece; quiere ser ella misma a través de la palabra, sin apoyos, padrinzagos o grandilocuencias.

Aunque el título parece anunciar poemas tristes, quien lee encuentra más bien un intento de nombrar la estadía del ser humano mientras existe. En este proceso, la persona se diluye: es río, caverna, semilla, cosmos. Sus límites se hacen difusos hasta volverse una más en la naturaleza. Lavado por la lluvia, arrasado por el viento, el yo poético se transmuta, siente, palpita. En una palabra, *es*.

En medio de la aparente diversidad de temas que abarcan los poemas, sin número ni título, esta lectura propone dos grupos posibles: uno, de asuntos tan diversos como el miedo, la maternidad, la rutina, la muerte, la vida, la feminidad e imágenes sugestivas o poéticas. El otro, en el que sí hay una temática común se trata la transfiguración del yo poético en busca de su unidad con el resto del universo.

En el primer grupo está, por ejemplo, el poema de la página 29. Muerte y vida confluyen representadas por una araña y un pájaro e incluso cantan al unísono, no importa que luego la una devore al otro. Y aunque el canto de la muerte triunfa, no por ello deja de expresarse el imperio de la vida:

La araña (...)

Toca el arpa con sus hilos y un pájaro llega.

La araña y el pájaro cantan durante la caída del sol (...).

Al amanecer, solo la araña canta.

También hay imágenes sugestivas –casi surreales– como en los versos de las páginas 28 y 29; o poéticas (no es una redundancia), en la 18, con versos muy bellos, como este: “El silencio de los pájaros corta el cielo”.

Al leerlo, se siente el movimiento de la tierra, resguardándose a sí misma; se presencia el acontecer armónico de la naturaleza mientras ocurren las mutaciones que garantizan su permanencia:

La tierra guarda los pedazos
en ríos que bajan de las montañas.

Y el cierre es hermoso:

La intensidad del aguacero
depende
del filo de las plumas.

El poema de la página 23 es muy significativo. El cuerpo femenino se fecunda a sí mismo, se enaltece y se ama; no importa que luego el espejo traicione la imagen que la mujer tiene de sí misma:

Podría abrir las piernas
cerrar los ojos y penetrarme (...)
y desbordarme de amor por mí...

En el otro conjunto de poemas, los seres son mutables: son caverna atravesada por un río, semilla, árbol, flor; incluso, insecto; en alguno, su alma es un cosmos y en él, viven las estrellas; otro tiene adentro un mapa que le marca derroteros...

En ciertos versos de este libro, hay extrañas disonancias que rompen el tono de eternidad, de tránsito, de búsqueda. Como en el poema de la página 29, cuando para describir el silencio del pájaro, en lugar de decir que calla, dice: “cierra el pico”; o en el ya comentado de la página 18, que aparece un verso, muy lugar común:

(...) y las ranas
con su croar invitan a la lluvia.

O en el de la 23, cuando dice:

Podría desnudarme ya,
quedar en carne viva,
expuesta, gallina.

Este último apelativo disuena y contradice enteramente el sentido, aunque el poema sale adelante porque tiene mucha fuerza.

No obstante su factura desigual, hay poemas hermosos, como el de la página 15:

Nací entre los pétalos de una flor
sagrada.

Soy pistilo, largo y amarillo:
una lengua que busca la miel del
sol.

Camino hacia la tierra
y me siembro en un lago profundo.
Cuando oigo el rugido del volcán,
asciendo.

Palpito bajo la luna y escucho
mi nombre sin que me hayan
bautizado.

La noche reclama mi presencia. Soy
lechuza, luciérnaga, cocuyo.

Mediante un ser minúsculo, apenas un pistilo que tirita rodeado de la fuerza de la naturaleza, se expresa la verdad de lo humano. Ese mínimo ser se sabe parte de la naturaleza y se extasía, pleno de sí mismo: “Palpito bajo la luna y escucho mi nombre sin que me hayan bautizado”.

Confieso que lamenté las últimas cuatro palabras del verso final. El lector ha presenciado a un ser mutable, lo sabe imbuido de tierra, de vida y sensualidad: “Una lengua que busca la miel del sol”. Por eso, sería hermoso que cerrara con la noche, cuando esta reclama su presencia, como un acto más de vitalidad que traza el ciclo, al unísono con el fin del poema.

En el poema de la página 17, el transcurso del tiempo es casi audible; el sonido se reitera en las asonancias con que finalizan el primero, el cuarto, el sexto y el último verso: río, ruido, río, olvido. Percute el tránsito de las cosas idas, el camino. El yo poético es caverna atravesada por un río; cuando se desliza sonoro entre las piedras, la pregunta apuntala la significación:

¿He sido siempre caverna?

¿Siempre me atravesó el río?

Movilidad y quietud. A veces, en medio del tráfigo cotidiano, pareciera que nos movemos incesantes. Sin embargo, no es a ese movimiento al que se refieren estos poemas, sino al del surgimiento de la vida y al de su transformación: “Ella se repliega para cuidar su noche” (p. 16), se agarra a la tierra, se deja transmutar, arrastrar, mover. Y sin embargo, está quieta: “Enroscada, permite que la savia la recorra. Semilla de sí misma, brota”. Por eso cierra el poema retomando la pregunta del inicio: “¿A dónde iría,

si pudiera moverse?” El ciclo vital se cumple con una entrega que permite la ocurrencia del ser. Y ahí residen, precisamente, el verdadero movimiento y el sentido: en dejarse ser, en consonancia profunda con la naturaleza.

El río, la lluvia, la cascada, el lago, las cataratas, en fin, el agua, se reiteran y confirman la propuesta poética. Mostrar al cosmos como un todo en donde el ser humano es uno más fluyendo entre los seres que apuestan por la vida, no importa que su destino sea el olvido. Este libro testimonia su breve presencia:

Hoy sé que este árbol durará más
que yo sobre esta tierra

Y también sé que caerá sobre su
propia sombra.

(p. 38)

Queda el eco del tránsito, del ciclo inagotable, a veces doloroso, pero siempre lleno de fuerza y de un sentido que halla la respuesta en sí mismo, por el solo hecho de existir.

Emma Lucía Ardila J.